

LA HIEDRA

Cuando me instalé en este barrio, había casas construyéndose aún, y junto con un grupo de 6 vecinos, nos entregaron nuestras casas recién edificadas. Es decir, había que priorizar las urgentes tareas a realizar, combinando los gastos de materiales y mano de obra; cosa difícil para nosotros, todos trabajadores dependientes, muchos con hijos en edad escolar.

Aposentada en mi “casa propia”, me tomaba la cabeza y pensaba en que *todo era urgente...* Pues, no sabía si primero debía colocar las protecciones a las ventanas; poner la reja exterior; cubrir el patio con baldosas, pastelones o cerámicas; poner canaletas y bajadas de agua para las aguas lluvia; fabricar un tinglado para la sombra y cerrar el acceso al garage con un portón; edificar un muro alto para resguardar el costado poniente que colindaba con una plaza; hacer la red de alcantarillado para la instalación de un lavadero y pileta, con llaves de agua incluidas; poner pasto, arbolitos, flores y plantas para lograr algo de sombra en ese ardiente verano y conseguir un efecto estimulante y bello para la visión; construir una bodega para guardar las múltiples cosas que “no cabían”, definitivamente, en la casa... También existía la necesidad de tumbar una incómoda muralla divisoria que producía un “dormitorio de visitas” enano y una cocina muy chica...; cubrir con cerámica el baño y la cocina (una vez ampliada); etcétera.

El terreno de la propiedad, bastante extenso en relación al tamaño de la casa, estaba visiblemente desnivelado y sembrado de piedrecillas, piedras, piedrotas y hasta rocas... (Tanto que un vecino tuvo que recurrir a la dinamita para remover una piedrota inmensa alojada en su sitio...).

En medio de la desesperación de no poder asumir mis apremiantes tareas todas a la vez, partí por hacer el alcantarillado, drenajes y llaves de agua, nivelar el suelo y colocar

concreto para disminuir la cantidad de tierra que entraba a raudales a la casa y producía charcos y barro ni bien caían dos gotas de lluvia o lavaba la ropa desaguando sobre él...

Luego traje a un jardinero con el cual fuimos a elegir arbolitos a un vivero. Trajimos 8 ligustrinas para iniciar la cerca vegetal externa, un olivo de flor, un canelo palo-verde (árbol sagrado de los araucanos), un olivo de bohemia y otro con un nombre en latín muy complicado...

Aprendí la técnica del jardinero para plantar árboles y, de allí en más, seguí sola con el arreglo de los jardines, ya que debía ahorrar plata con el objeto de realizar otras obras mayores, como poner cerámica sobre el cemento áspero y feo, hacer el techado para la terraza (mi pobre perra no tenía ni una franja de sombra, ya que los arbustos plantados todavía eran escasos y poco frondosos...).

Con el tiempo, fui sacando y sacando toneladas de piedras, pequeñas, medianas, grandes y enormes..., con el ánimo de sembrar pasto y plantar “verdor”...

Fui agregando plantas paulatinamente: un rosal blanco adelante y uno rojo atrás, un granado de flor adelante, una buganvilia atrás, una dracena para hacer simetría con el laurel de bohemia en el jardín delantero exterior, un limonero para adelante, y montones de plantitas más pequeñas, como la azul estroilante, la remilgosa mimosa, naranjitos de amor, lechos de novia, rayitos de sol, conejos, alitas de ángel, cardenales, blancos, rojos y rosados, hortensias, manto de Eva, toronjil trepador, gomeros, coronas del inca, con ese precioso rojo fuego en sus hojas..., helechos, variedad de cactus, un ejemplar de araucaria el que, sin tener más allá de 20 centímetros de alto, ha dado 3 vástagos, un cedrón (del cual el vendedor me dijo que no pasaría de ser un arbustito y hoy mide unos 10 metros de alto y tiene una similar circunferencia y, por sí solo, constituye una selva...), una chiflera, de la cual he hecho 4 descendientes, pues no ha cesado de crecer en todos los sentidos y direcciones, un pihicus, al que le he debido cortar la punta varias veces, pues insiste en querer llegar al cielo, aralias,

enredaderas, rododendros, rastreras, colgantes, trepadoras, en fin, una variedad de plantas que me resultaron atractivas y hermosas, de cuya mayoría olvidé enseguida sus extraños nombres. Incluso brotó una parra, producto de una rama podada en la casa anterior, que mi perra mordía en sus horas de ocio y llegó, misteriosamente, en la mudanza... También corté una rama del ciruelo de la casa de mi hermana, que hoy alcanza los 7 metros de alto, dando frutos en cada temporada... Al floripondio tuve que trasladarlo para el jardín de atrás, ya que sus flores son alucinógenas y los adolescentes adictos a emociones y recetas nuevas, las robaban continuamente....

La cosa es que, a medida que avanzaba con arreglos y mejoras en mi vivienda (en eso, mientras el maestro construía el muro exterior, los perros del barrio entraron y embarazaron a mi perra, quien tenía terror de salir afuera mientras yo no estaba, ya que me iba a la oficina temprano y la dejaba sola a ella, expuesta a un montón de cosas que yo ignoraba), noté que mis plantas, árboles y arbustos, crecían más de lo normal y, mucho más, desde luego, que los de los vecinos, plantados casi al mismo tiempo que los míos...

El pasto, pese a mis tremendos esfuerzos y cuidados, nunca brotó; sólo coseché piedras y más piedras... A cambio, mis jardines se habían convertido en uno solo, uniéndose el del exterior por encima de la reja con el delantero y éste, a su vez, con el de atrás, entrelazándose sus ramas por sobre el techo de la casa, en apariencia y en comparación con el vigor exuberante de mi jardín, más reducida y pequeña cada día...

Por lo que me vi en la necesidad de, aparte de las podas que efectuaba regularmente, “aserrar” árboles y arbustos que ya se introducían casi adentro de la casa por puertas y ventanas e impedían el ingreso a carteros, vendedores de gas y a sus habitantes, o sea, mi perra y yo...

Pero mi lucha, primero con las tijeras, que fueron reemplazadas por la sierra y luego por el serrucho, amén de agotadora, era infructuosa, porque crecían más y con más fuerza a

medida que los iba cortando... Ya que, al irme a dormir, cansada pero satisfecha con mi labor de “despeje”, al otro día amanecían más tupidos y amenazantes aún...

También me di cuenta de que mi perra estaba engordando demasiado..., por lo que, los fines de semana, la sacaba a trotar y a hacer ejercicio para que perdiera sus kilos de más... Parecía que todo en mi casa estaba pletórico de salud, vigor y fortaleza...

A los tres meses, sin embargo, dio a luz ocho cachorros hermosos... Todos de distintos padres, a juzgar por sus apariencias, disímiles entre sí...

La labor de poner avisos de “se regalan cachorros hijos de madre siberiana mezcla pastor alemán” en el diario y de visitas al veterinario para vacunaciones y controles mensuales, se combinaba con los avances de albañilería y hermoseamiento de la vivienda, al tiempo que intentaba controlar la selva que seguía creciendo y expandiéndose sin medida.

Un día, en el ex “jardín de atrás”, divisé unos “hilos” que trepaban, colgaban y se enredaban entre las ramas, hojas y flores de la buganvilia, el cedrón y los cardenales...

Investigando más, vi que se trataba de una *planta, hiedra o maleza*, no lo sé exactamente, que no necesitaba de la tierra para subsistir, pues no tenía raíces ni contacto con ella, ya que succionaba vida y savia a las plantas que parasitaba...

Se enrollaba por sus troncos a la par que subía por ellos con un pegamento poderoso, una especie de chicle, deteniéndose en la base de las hojas, donde hacía un collar pegado hilo con hilo, como un resorte fino, ahorcando a su víctima y floreciendo ella, echando unas florecillas blancas como en racimos, luego proseguía extendiendo su “hilo” hacia otra hoja, otra flor, otra rama u otro árbol; así infinitamente...

Me llamó poderosamente la atención. No la conocía, nunca hasta ahora la había visto y jamás había oído hablar de ella...

Me alarmé y vi que estaban “tomadas” todas las plantas y árboles que mencioné, pasando de hoja en hoja, de flor en flor, de rama en rama, de tronco en tronco...

Me dispuse a la meticulosa y ardua tarea de desalojarla, tirando de ella, pero la labor se hacía agotadora y poco efectiva, ya que su pegamento y enrollamiento era tenaz, fuerte y persistente... Con todo, logré sacar un medio metro cuadrado de “hilos” y “floreillas blancas”; el cual quemé, satisfecha y vengativa. A las ramas más altas no pude llegar, ya que eran inalcanzables para mí, y el laberinto de ramas, hojas y flores de la buganvilia y del rosal trepador me volvían imposible y espinoso el acceso...

No exterminé “*el virus*” y quedé toda rasguñada, arañada, herida y cortada...

Al día siguiente, la maldita hiedra, con sus hilos colgantes, trepantes y enrollantes, había ganado el terreno perdido ayer...

En un raptó de ira, la golpeé con la escoba; la arrasé con el rastrillo; llevándome junto con ella ramas enteras de buganvilia, cedrón, rosal y cardenales...

Creí vencerla por la fuerza.

No fue así...

Dos días después, esta especie de “cáncer vegetal”, tenía cubiertas todas las plantas por la parte superior (inalcanzable para mí), y gran parte de la inferior...

Me resigné a dejar morir a todas las plantas tomadas... Pues, ante ella, que sólo necesitaba aire y tiempo para desarrollarse, me rendí, *sumisa y vencida*...

En tanto, la vegetación en general, cada vez más exuberante y amenazadora, se acercaba, a una velocidad asombrosa, a mi casa, cada vez más pequeña e indefensa en relación a ella...

Un día descubrí ciertas conocidas flores blancas asomando por el desagadero del lavaplatos...

Esa noche me duché pensando seriamente en llamar a un “exterminador de plantas”, que usara fuertes y definitivos químicos, a pesar de que soy ecologista... Sentía miedo frente a ese avance incontenible, robusto y salvaje...

Tuvo dificultad el agua en irse por la cloaca. Adiviné que la causa era “*la hiedra de flores blancas*”, que ya había copado toda la red de alcantarillado...

Hacía calor, el aire era sofocante y dulzón, por lo que me dispuse a dormir con la ventana abierta, con la certeza de que mi primer acto de mañana sería llamar al “exterminador de vegetación”...

Mis perras (me había quedado con la madre y una hembra de los ocho cachorros), gimiendo y lloriqueando inquietas constantemente, se negaban desde hacía unos seis días a abandonar el interior de la casa y salir al jardín o al patio; quedándose a dormir las dos debajo de mi cama...

Como a las cuatro de la mañana, me despertaron los aullidos y gemidos de las perras, mucho más fuertes e insistentes que de costumbre...

Oí entonces una especie de zumbido subrepticio deslizándose por la ventana, como una avalancha solapada y artera...

Noté que tenía ambas manos atadas, enrolladas con el “*hilo maldito y pegajoso de la hiedra de flores blancas*”, que arrastraba sus hilos luengos por mis muslos hacia las rodillas, con un cosquilleo-hormigueo desesperante e indetenible... Me quise incorporar, pero, ya un hilo que se alargaba y enroscaba a lo largo de mi cuello, me lo impidió... Comencé a asfixiarme, a notar mareos, náuseas; el olor dulzón y penetrante me embargaba en una somnolencia mortuoria. Cerré los ojos; lo último que recuerdo fue un tirón final, como rematando la labor de enrollamiento, del hilo ensortijado en mi cuello, y unas flores (imagino que blancas), metiéndose en mi boca con su sabor picante; mi nariz ya tenía hilos de hiedra dentro y mis orejas estaban estranguladas en su base, con florecillas que me cosquilleaban al salir de su interior...

Seudónimo: *La Morgue*